

EL DESASTRE DE ENFER

José Manuel González

De: Comodoro William Baxter, Crucero Virtus, Base Europa.

Para: Comodoro Rafael Arana, Ministerio de Defensa, Dep. Justicia Militar.

Querido amigo,

En primer lugar, quiero darte la enhorabuena por tu reciente ascenso. Ya ves que no solo nos los dan a los que, como tú dices, nos pasamos la vida haciendo "turismo extraterrestre", si no que también se llega a ellos viajando en los cómodos sillones del Ministerio. Bueno... en serio, felicidades, Rafael, y dale a Mae veinte besos de mi parte por haber aguantado tu mal humor mientras te he llevado la delantera en el camino hacia las bocamangas doradas.

El asunto es que no solo te escribo para felicitarte (pensaba hacerlo de forma más contundente dentro de unos días, en la fíes... ¡Oh!... ¿Quizá he escrito demasiado? Verás, me he enterado de que te han encargado la presidencia de la comisión que investigará los sucesos acaecidos en el llamado "Desastre de Enfer". Imagino que ya sabrás que mi nave fue la que acudió a la llamada de socorro que lanzaron los científicos; ello me permitió asistir como espectador privilegiado a todo el drama que se desarrolló a continuación.

He estado pensando largamente sobre como relatarte lo sucedido para que nadie pueda pensar que estoy intentando influir en tus decisiones (me conoces sobradamente y sabes que nunca haría una cosa así) y creo haber encontrado una solución: te envío una transcripción exacta, palabra por palabra, de las comunicaciones que tuvieron lugar mientras se desarrollaron los hechos y que fueron grabadas bajo mi supervisión por los equipos de abordó. Ya sé que en el informe que te presenten tus muchachos habrá una o varias copias de esas conversaciones, pero he pensado que, al hacerte llegar directamente la mía, evitarás cualquier sospecha de manipulación por parte de los implicados o de inexactitudes cometidas por tus propios chicos.

También he incluido, en los puntos en los que me ha parecido oportuno hacerlo, fragmentos de las notas de la doctora Hollister, la persona en cuyo rescate acudió el equipo de desembarco, y que describen muy bien a los animales que causaron las muertes, los heridos y las pérdidas de equipo. Están escritas en un lenguaje apto para viejos guerreros como tú y yo, y, no tengo la menor duda, servirán mucho mejor, para que comprendas la situación en la que tuvieron que desenvolverse esos muchachos que los sesudos informes científicos que te presentarán, repletos de palabras con terminaciones raras.

Una idea de la exactitud de la transcripción te la dará el hecho de que no han sido suprimidos ni alterados fragmentos de conversación que, a nuestros oídos, pueden parecer poco reglamentarios. Me refiero a la familiaridad con la que se tratan el teniente Ruiz y la subteniente Collins, oficial de guardia en el módulo de Control Operativo. No te escandalices, los chicos del Cuerpo de Desembarco llevan una vida muy dura (te lo puedo jurar, les he visto jugarse el pellejo muchas veces enfundados en sus trajes de lata) y sus superiores les permiten aflojarse un poco el nudo de la corbata reglamentaria. Te digo esto por que posiblemente esas frases hayan sido suprimidas, con buenas intenciones, en el informe que te entreguen y ello quizá reste verosimilitud al conjunto.

La transcripción comienza unos minutos después del regreso a órbita del teniente Blackstone, el primero de los hombres que enviaron en misión de rescate. Volvió casi totalmente abrasado y a partir de ese momento di orden de monitorizar las comunicaciones.

—¿Teniente? ¿Me oye? ¿Teniente?

—Sí, Mark, le oigo. Espere un momento... Este maldito chisme no quiere ponerse en marcha. ¿Qué indican sus lecturas?

—Todo frío. No me extraña. No se puede hacer en quince minutos lo que se debe hacer en una hora. ¿Sabe algo del sargento?

—Sí. Está en el quirófano. Creen que se recuperará.

—Eso he oído. ¿Qué le ha pasado?

—No lo sé, Mark, nadie cuenta nada.

—Bueno... no es ningún secreto que ha regresado con quemaduras. Algo le lanzó un chorro de ácido que perforó su traje.

—¿Que traje llevaba?

—Un estándar. Parece que tenía que usar una lanzadera civil y el acorazado no entraba por la compuerta de acceso. Pero no se preocupe, teniente, no creo que ese ácido pueda con el blindado.

—Claro, los que se quedan en la nave nunca se preocupan. Me llaman por el canal de mando; supongo que ahí vienen mis órdenes. ¿Cuánto falta para que me suelten?

—Once minutos... Suerte, teniente.

—Gracias Mark.

—Teniente Ruiz...

—Le oigo, señor.

—Informe.

—Traje calentándose y en plataforma. Sistemas operativos en... cuatro minutos treinta segundos. Cápsula de descenso... operativa al cien por cien.

—Bien. Imagino que estará intrigado

—Pues sí, la verdad...

—Lamento que tenga que bajar así, pero las órdenes son explícitas. Este asunto es un maldito secreto y nos pidieron que implicásemos al menor número de hombres posible.

—Entiendo, señor... pero... ¿y el relevo?

—No hay relevo. Ya sé que no es reglamentario, teniente, pero esto no es una maniobra militar. Colaboramos en un rescate de civiles y nos pidieron la máxima discreción, así que el teniente recibió las instrucciones en solitario.

—¿Qué tal está, señor?

—Se salvará.

—¿Qué le atacó?

—No lo sabemos... espere un momento... bien, tenemos vía libre... vamos a aprovechar estos minutos para ponerle en antecedentes: su misión consiste en el rescate de una civil; una bióloga se halla atrapada en el planeta que está bajo nosotros.

—¿Un secuestro, señor?

—No, ni se lo imagina... Le contaré lo poco que sé: este planeta fue descubierto hace unos diez años por una nave automática de la Marina, que, después de catalogarlo como habitable, envió a la superficie una sonda exploradora. Al poco perdió el contacto con ella y la nave regresó. Enviaron una nueva misión robotizada y también fracasó. En la siguiente ocasión, utilizaron una nave tripulada. Desde órbita fueron localizados los radiofaros de las dos sondas pero no se obtuvo ninguna respuesta, por lo que descendieron a la superficie con un blindado.

“Nada más aterrizar, el vehículo fue atacado desde todas las direcciones. Los blindajes resistieron pero los sensores dejaron de funcionar y tuvieron que hacerlo regresar a ciegas. Solo cuando estuvo de nuevo a bordo pudieron averiguar lo que había sucedido: una multitud de animales se había aplastado contra la máquina en un ataque suicida.

— Señor... No me irá a decir que al sargento lo ha atacado un animal?.

—Déjeme terminar, teniente... Sí, aunque le cueste creerlo, parece ser que es así. En ese planeta se ha dado una evolución marcada por una competitividad tan extrema que los animales han desarrollado estrategias de ataque y defensa desconocidas anteriormente. El Ministerio decidió mantener en secreto los hechos para evitar

accidentes de posibles aventureros incautos y encargó a un grupo de expertos la investigación, facilitándoles todo lo necesario para su seguridad...

—Perdón, señor... traje operativo.

—Bien, tenemos... tres minutos antes de que se abra la ventana de lanzamiento. Después, cinco hasta la maniobra... tiempo suficiente, creo. Como le decía, los expertos, civiles en su mayoría, estudiaron la ecología todo lo a fondo que pudieron desde el espacio, utilizando autómatas para la adquisición de datos. Hace unos días decidieron que ya sabían lo suficiente y bajaron a la superficie. Despejaron una zona de vegetación y colocaron un habitáculo blindado en el centro y, para protegerse, se rodearon de armas automáticas que disparaban a todo lo que se moviese en las cercanías del refugio. Eran seis hombres y una mujer.

»Al principio todo parecía funcionar bien. Después de unos días de matanza, los animales parecieron comprender que no se les había perdido nada en aquel lugar y los ataques descendieron. Los investigadores adquirieron confianza y comenzaron a hacer cortas salidas al exterior. Pero una noche, hace... cuarenta y nueve horas, algo sucedió... ¿sí?... bien, gracias... tengo que dejarle... el resto de detalles se los dará uno de los dos científicos que consiguieron salir de allí, le asesorará durante su misión. Le resumiré lo que queda: nos encontrábamos cerca de aquí cuando nos llegó la orden y el sargento Blackstone fue designado para llevar a cabo el rescate de la doctora. Bajó en una lanzadera que nos proporcionaron los científicos, diseñada para aterrizar silenciosamente y fue atacado nada más salir de ella por algo que le lanzó un chorro de ácido. Consiguió regresar en un estado lamentable. Eso es todo por ahora, teniente, conecte con C.O.

—Bien, señor... Control, aquí el teniente Ruiz.

—Hola, bajito...

—Hola, gigante. ¿No estabas de permiso?

—Anulado, capi. Parece que tenemos que rescatar a una doncella de las garras del lobo.

—Sí, y tengo tanta suerte que me toca a mí. ¿Cómo va todo?

—Todo en orden, vas a comenzar a moverte... En un minuto tendrás ventana.

—Estupendo... Me han dicho que voy a ser aconsejado por un civil.

—Sí, te lo voy a pasar. Está en la otra nave, la de los científicos. Es un buen chico, aunque parece un poco histérico.

—¿Sí?... ¿hablo ya?... teniente Ruiz... ¿me oye?

—Le oigo.

—Sí, gracias... teniente, ¿está ya en la superficie?

—No, todavía no he iniciado el descenso... ¿Cómo se llama usted?

—Oh, perdone. Me llamo Rainbird, pero llámeme Andy.

—Bien, Andy, ¿qué puede contarme sobre lo que sucedió?

—Hace dos días fuimos atacados durante la noche. Había sido un día tranquilo y yo estaba de guardia. Oí un golpe tremendo y toda la estación se movió... Solo recuerdo que cuando me recuperé vi al doctor Martín en el suelo, sangrando, y que conseguí arrastrarle hasta una de las lanzaderas.

—¿Despegó dejando allí a sus compañeros?

—Verá... cerré la puerta de la lanzadera por que los *perdigons* entraban por las grietas; los daños eran tan graves que se activó el sistema automático y no pude detenerlo.

—¿*Perdigons*?

—Sí, son unos insectos voladores que...

—Marti... tienes ventana.

—Gracias, preciosa... te veré a la vuelta.

—Mas te vale... Vector 15,32,115... Libre... En descenso controlado.

—Todo correcto... Andy...

—¿Sí, teniente?

—Me decía que salió de allí por que se inició un procedimiento automático.

¿Cuánto duró la secuencia de lanzamiento?

—Unos diez minutos, aproximadamente.

—¿Y nadie más pudo llegar hasta la lanzadera en ese tiempo?

—No, teniente. Pero había otras tres lanzaderas, aunque no sé si todavía funcionaban.

—Entiendo... Sara...

—Espera un momento... Vas a comenzar a moverte... ¿Que me decías?

—¿La doctora está localizada?

—Sí. La doctora Hollister tenía un comunicador que funcionó durante el tiempo suficiente para que quedara registrada su posición. Confiemos que no se haya movido del sitio. Al parecer, cuando sufrieron el ataque corrió a ocultarse en el bosque y está en un lugar situado a unos doscientos metros de la base.

—Entiendo... Andy... Si la superficie está poblada por animales capaces de destruir una estación blindada, ¿cómo ha sobrevivido la doctora durante dos días a la intemperie?

—La doctora Hollister es la persona que mejor conoce la ecología de *Enfer*. Es la jefa de la expedición y trabaja en el proyecto desde el principio.

—¿*Enfer*? ¿Infierno?

—Sí, así lo bautizó la doctora. Es francesa, a pesar de su apellido.

—Una linda francesita, a juzgar por su fotografía.

—Seamos serios, Sara. Ya sabes que para mí no hay nadie más linda que tú.

—Ya sabes que conmigo funcionan mejor los hechos que los halagos.

—Teniente... No sabe con lo se va a enfrentar ahí abajo.

—Tranquilo, Andy. Llevo un traje acorazado y desciendo en una cápsula blin...

—Teniente Ruiz...

—¿Señor?

—No cometa el mismo error que cometimos nosotros al enviar al sargento Blackstone con un traje estándar. Ese incidente nos ha enseñado que tendremos que ir con mucho cuidado. Aproveche los minutos que le quedan para informarse de todo lo que pueda.

—Sí, señor. ¿Me permite una pregunta?

—Adelante.

—¿Por qué no utilizamos un blindado? ¿No sería más seguro?

—No lo creemos. La única protección con la que cuenta la doctora es un traje antibalas de diseño civil. Si enviásemos un blindado, el tumulto que se formaría a su alrededor podría aplastarla antes de que consiguiéramos ponerla a seguro.

—Y... ¿Cómo debo actuar?

—Lo estamos decidiendo en estos momentos.

—Bien, señor... Andy.

—Sí, teniente.

—¿Qué es lo que atacó al sargento Blackstone?

—No lo sé, teniente... Me incorporé al proyecto hace muy poco tiempo.

—¿Qué hacía usted en la base?

—Era el ayudante de la doctora Hollister.

—Y el otro superviviente, el que volvió con usted en la lanzadera... ¿Sabrá algo?

—El doctor Martín está sedado. Tiene conmoción cerebral.

—Pues si que estamos bien... ¿Y cree que la doctora seguirá donde fue localizada por última vez?... ¿Después de dos días?

—Sí, teniente, estoy seguro que la doctora estará todavía escondida en el tronco. No se habrá atrevido a moverse.

—¿En un tronco?

—Sí. Cuando fue atacada la base, la pared de su habitación se vino abajo y tuvo que salir corriendo para buscar un refugio. Se escondió en un tronco hueco y supongo que seguirá allí. Conseguí hablar con ella durante unos minutos, cuando llegué a la nave de apoyo.

—¿Por qué perdieron el contacto?

—Tomó un comunicador que estaba en proceso de recarga y que tenía las baterías casi agotadas. Había mucha confusión y los animales embestían desde todas las direcciones, así que supongo que no tuvo tiempo de fijarse en esos detalles.

—¿Les embestían?

—Sí, teniente, nos atacaban animales de todos los tamaños. Algo muy grande tumbó la estación e inutilizó las armas automáticas. A partir de ahí, los predadores de los alrededores fueron atraídos por el ruido y el movimien...

—Marti... vas a entrar en la atmósfera... tiempo estimado de silencio... cuatro minutos.

—Muy bien, Sara, procura que...

—¿Teniente?...

—¿Teniente?...

—¡Qué verd...! ¡Es muy bo...!

—¿Marti?

—Sí, te oigo... Es precioso... Todo verde hasta el horizonte.

—Ya lo vi cuando bajé a Bill. Toda la superficie del planeta es un gigantesco bosque. ¡Lastima que esté cubierto por nubes! Sería todo un espectáculo visto desde el espacio.

—¡Ya lo creo! Veo un círculo... ¿Es ahí donde aterrizaré?

—Sí, Marti. Te voy a bajar muy, pero que muuuy lentamente.

—Bien, guapa. Pósame despacio y te llevaré un ramo de flores.

—Teniente, concéntrese y esté preparado para cualquier eventualidad.

—Mis instrumentos no captan ni un solo movimiento, señor.

—Control, inicie la maniobra. Aterrice justo al lado de la estructura.

—Descendiendo, señor; aterrizaje en treinta segundos.

—Sigo sin ver nada... Ahora hay movimiento bajo los árboles, pero los capto como destellos... como si fuesen pulgas gigantes... Contacto. Todo está...

—¿Teniente?...

—¡Teniente!...

—¡He perdido el contacto, señor!

—¡Súbalo!

—¡No responde! ¡No hay comunicación con la cápsula, señor!

—... no veo nad..., ... allí, al fondo...

—¡Teniente!

—Le oigo, señor.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sido como si me hubiesen metido en un campo de tiro, señor. He estado recibiendo golpes durante más de un minuto. La cápsula ha estado rodando de un lado para otro. Ahora todo está tranquilo pero me temo que los sensores externos están hechos papilla. Estoy utilizando el transmisor auxiliar.

—Teniente, informe de daños.

—La cápsula está bien. El transmisor auxiliar funciona correctamente. Las cámaras están cegadas por un fluido opaco... Parecen restos de animales. Los portillos también están cubiertos de algo asqueroso que no me deja ver nada.

—Señor Rainbird, ¿tiene idea de lo que puede haber atacado a la cápsula?

—Es muy difícil saberlo, señor. Casi todos los depredadores atacan a primera vista a cualquier cosa que se mueva.

—¿Con tanta fuerza?

—Sí, señor. Por eso usábamos lanzaderas diseñadas para aterrizar silenciosamente. Prácticamente todos los animales de tamaño medio que habitan *Enfer* son capaces de moverse a velocidades superiores a los cien kilómetros por hora.

—Ahora todo está tranquilo, señor. ¿Salgo?

—¿Señor Rainbird?

—Supongo que ahora será un buen momento. Si no se oyen ruidos de lucha quiere decir que los animales que hayan sobrevivido ya habrán devorado los cadáveres de los que perecieron. Pero aconseje al teniente que lo haga muy despacio para no llamar la atención de...

—Hable directamente con él, Rainbird.

—Sí, señor. Teniente...

—Lo he oído, Andy, voy a abrir la compuerta... No se oye nada... Voy a salir... Estoy de pie en el claro. ¿Ven eso?

—Esos son los restos de un *vache—véloce*. La doctora les llamó así por que tienen dos cuernos y un tamaño parecido al de las vacas.

[Vache—véloce: Son, sin duda alguna, los animales de tamaño medio más abundantes, más estúpidos y más desesperantes de Enfer. Y los que más problemas nos han causado.

El nombre se me ocurrió cuando obtuvimos la primera imagen de uno de ellos. Tiene el tamaño aproximado de un toro grande, aunque pesa casi el doble y su parecido con una vaca termina en el hecho de que posee dos cuernos de cuarenta centímetros sobre lo que pasa por ser su cabeza. Su cuerpo tiene forma cilíndrica y está soportado por cuatro patas rechonchas.

El calificativo de "veloz" lo entenderá cualquiera que vea las grabaciones que hemos logrado realizar gracias a las sondas automáticas. Se desplazan corriendo a una velocidad increíble, sin rumbo aparente, y cargan contra cualquier cosa que se mueva. El único destello de inteligencia que se aprecia en ellos consiste en que se respetan entre sí, y que, en ocasiones, unen sus fuerzas en el ataque a un animal de mayor tamaño, devorándolo en pacífica comunidad cuando consiguen abatirlo. Por lo demás, se pasan el día galopando en solitario bajo los árboles.

Hasta la fecha, y exceptuando los breves instantes que tardan en devorar a sus víctimas, no hemos visto ni un solo ejemplar parado o descansando.

Sus ataques ciegos son la fuente de problemas más abundante que tenemos y estamos seguros de que ellos fueron el origen de los accidentes que hicieron fracasar las primeras expediciones militares enviadas para la toma de muestras.]

—¿Ven la estación?

—Sí. Parece como si la hubiese afectado un terremoto. ¿Puede acercarse?

—¡Muévase despacio!...

—Tranquilo, Andy... Hay un agujero enorme bajo ella... Creo que, fuera lo que fuese, lo que la redujo a ese estado, llegó a través del suelo. ¿Conocían a algún bicho que hiciese túneles de ese tamaño?

—No, teniente.

—El agujero tiene unos diez metros de diámetro. ¡Menudos monstruos debe haber por aquí!... ¿Dónde está la doctora?

—Gírate hacia la derecha diez grados... en esa dirección, a doscientos veinte metros.

—Camine despacio, teniente.

—Ya lo sé, Andy... ¡Estoy recibiendo impactos! ¡Parecen disparos de pequeño calibre!

—¿Ve el origen?

—No señor... ¡Uno acaba de darme en el visor!

—Son *perdigons*, teniente. Son insectos del tamaño de una avellana que vuelan a mucha velocidad. Se clavan en sus víctimas y se reproducen en su interior.

[Perdigon: Animal insectoide alado de aproximadamente un centímetro y medio de largo por uno de diámetro. Su cuerpo tiene forma de huso, redondeado por atrás y puntiagudo por delante. Su pico está reforzado con compuestos de carbono y se protege con una armadura quitinosa excepcionalmente dura. Tiene tres grandes ojos polifacéticos distribuidos de forma simétrica en torno al segmento de separación entre

el pico y el torax, orientados hacia delante. Posee seis extremidades en forma de anzuelo que se retraen y alojan en unas cavidades cuando vuela. Usa estas extremidades para trepar a los árboles y esperar el paso de sus víctimas colgado de las ramas más altas.

Al principio nos causaron muchos problemas. Se lanzaban a centenares hacia las sondas y cegaban las cámaras al aplastarse contra los objetivos. Se hizo necesario incorporar a los dispositivos sistemas de limpieza cuyo diseño retrasó considerablemente los trabajos de investigación.

El estudio de sus hábitos es fascinante y refleja la increíble lucha por la supervivencia que se da a diario en este hábitat. Todo comienza cuando el perdigon, colgado de una rama en un punto desde el que puede observar el suelo del bosque, detecta un movimiento; entonces se deja caer y utiliza sus alas, una maravilla de la ingeniería natural, para impulsarse hacia abajo ayudándose con la gravedad. El Dr. García ha demostrado que el insecto es capaz de variar su geometría en pleno vuelo. Al principio utiliza su máxima extensión y las recoge a medida que aumenta su velocidad.

En el último instante, el insecto se deshace de las alas quebrando sus puntos de inserción con unos músculos especiales. Choca contra su víctima con la fuerza de una bala y, si tiene la suerte de encontrar un punto débil, penetra en ella.

Una vez en el interior del cuerpo, el insecto libera sus huevos y muere. Sus larvas devorarán al animal multiplicándose de forma asexuada y, cuando la carne de su anfitrión está agotada, se metamorfosean en insectos adultos, saliendo de él a millares.

El insecto utiliza sus alas una sola vez en su vida en un único y suicida ataque. Desde que abandona su anfitrión hasta el momento de su primer y último vuelo, no se alimenta y se desplaza únicamente utilizando sus patas—púa.

El porcentaje de éxito de sus ataques es bajísimo y se estima en menos de uno entre cien mil. Sus potenciales víctimas han desarrollado resistentes corazas o pieles elásticas que absorben el impacto. Particularmente notable es la defensa del croquembouche: posee bajo la piel una capa de grasa que contiene un producto químico especialmente letal para estos insectos y que, además, es capaz de disolver sus tejidos y asimilarlos. El croquembouche ha depurado tanto su estrategia defensiva que los perdigons han pasado a ser un aporte alimenticio en lugar de una amenaza.

Al principio nos sorprendió que, con un porcentaje de éxito en la reproducción tan bajo, estos insectos fuesen tan abundantes. La respuesta al misterio puede haberla encontrado el Dr. Roberson al estudiar sus larvas y descubrir su capacidad de resistencia a los ácidos. Al parecer (aún no ha sido confirmado) cuando un carroñero

devora un cadáver infectado, las larvas penetran en él a través de su estómago y continúan el ciclo.

De esa forma, un solo éxito, accediendo al interior de un animal a través de una herida o de un orificio natural (boca, ano, etc.) que tuviese momentáneamente abierto y sin protección, daría lugar a incontables generaciones pasando de una víctima a otra.]

—¡Angelitos! ¿Y cómo se protegían ustedes de ellos?

—Utilizábamos un traje antibalas siempre que salíamos de la estación.

—Correcto... este es un lugar ideal para pasar unas agradables vacaciones... ¿Qué es eso? ¿Lo ven?

—No vemos, nada, teniente, tiene el objetivo de la cámara sucio.

—Ahora lo limpio, señor. Uno de esos bichos ha debido chocar con él... ¡Dios mío!

—¿Qué sucede?

—¡Algo está tumbando los árboles! ¡Es...!

—¡Teniente!

—¡¡Teniente!!

—¡¡¡Teniente!!!

—¡Le oigo, señor! ¡Algo enorme ha salido del bosque y me ha derribado! ¡Está aplastándome contra el suelo!

—¡Dispárele!

—¡No puedo! ¡Estoy boca abajo y no puedo moverme ni un milímetro!

—¡Debe ser un asseyez—vous! ¡Un animal gigantesco, de casi veinte toneladas!

[Asseyez—vous: Es el animal de mayor tamaño que hemos catalogado hasta la fecha en Enfer. Estimamos su peso en, aproximadamente, unas veinte toneladas, aunque unas huellas encontradas en las cercanías del bosque Hera parecen indicar que puede haber ejemplares aún mayores.

Su constitución es compacta y se asienta sobre ocho robustas patas cilíndricas que le permiten desplazarse a una velocidad superior a los sesenta kilómetros por hora. Su cabeza está constituida únicamente por una descomunal boca provista de dientes de treinta centímetros, que asoman entre sus labios, y dos ojos minúsculos de forma semicircular.

El primer contacto que tuvimos con un asseyez—vous nos proporcionó mucha información sobre su anatomía pero muy poca sobre sus hábitos. Su paso fue grabado por una de las sondas pasivas que hicimos descender sobre el planeta durante los primeros días del proyecto y que (casi todas) quedaron enganchadas en las ramas

superiores de los árboles, colgadas de sus paracaídas. La sonda en concreto fue la SP—63, una de las que cayeron en las orillas del lago Ursus y que es, con toda seguridad, la que más valiosos datos nos ha aportado. El animal fue grabado caminando a paso lento, lo que nos permitió estudiar sus detalles con mucha precisión. Los datos obtenidos por la exploración ultrasónica realizada en aquel encuentro son los únicos que poseemos sobre su anatomía y nos permitió aventurar que era carnívoro, aunque nadie se atrevió a especular como podría cazar un animal tan grande y lento (para los estándares de Enfer) a sus presas potenciales.

El asunto fue resuelto inesperadamente durante los trabajos de instalación de una de las estaciones automáticas, la del lago Melquíades. Un autómata auxiliar sufrió un ataque mientras despejaba la zona. Las cámaras solo filmaron un brusco movimiento entre los árboles y una absoluta oscuridad después. Por fortuna, y gracias a ello aclaramos varias desapariciones en circunstancias similares, esta vez todo fue grabado por otro autómata que trabajaba junto a él: un asseyez—vous había salido de entre la maleza con un salto prodigioso para un animal de su porte y se había dejado caer sobre el robot, aplastándolo con su abdomen y demostrando que el doctor García estaba en lo cierto cuando afirmaba que las placas óseas que cubren la inmensa panza del animal no tienen una utilidad defensiva.

El asseyez—vous, después de unos minutos (tiempo suficiente para asfixiar a su víctima si sobrevive al aplastamiento) se incorporó y desapareció en el bosque arrastrando los restos del autómata.

A pesar de lo catastrófico del encuentro, el suceso nos proporcionó mucha información, y no solo sobre sus hábitos de caza. El animal, intentando devorar el cuerpo metálico del robot, se infligió heridas que nos permitieron recolectar valiosísimas muestras de tejido y sangre.]

—¿Qué hago?

—¿Ese animal usa ácido o algo así para disolver a sus víctimas, señor Rainbird?

—No, que yo sepa... Se sienta sobre sus presas hasta que las aplasta y luego se come los restos. Pero tiene unos dientes enormes.

—Bueno, teniente. Tranquílcese. Si unos dientes, aunque sean los de un monstruo de veinte toneladas, pueden atravesar un traje de combate, mañana mismo presento mi dimisión.

—Espero que tenga razón, señor, lo sentiría por su carrera... ¡Se levanta!...

—¿Teniente?...

—¡Teniente!...

—¡Teniente Ruiz!...

—¡Me ha escupido! ¡Ha sido terrorífico! ¡Ha estado masticándome! ¡Debo haberle roto todos los dientes!

—¿Está bien?

—Sí, señor. El traje está hecho un asco, pero creo que está entero.

—Algo no va bien, señor. No recibo ni la imagen ni los datos telemétricos.

—Compruebe su equipo, teniente.

—No tengo ninguna alarma... voy a comprobar... ¡No funciona el ordenador!

—Quítese la mochila y haga una comprobación manual. Señor Rainbird, ¿vamos a tener más sorpresitas como esta?

—Supongo que no. Los *asseyez*—*vous* son territoriales y nunca hemos visto uno a menos de diez kilómetros de otro.

—¿Y otras amenazas?

—Impredecibles, comandante.

—Señor, uno de los dientes del bicho ha perforado la batería. El equipo auxiliar está inservible.

—Maldición... ¿qué le queda?

—Casi nada. La radio, el compás giroscópico y el arma electrostática.

—Está bien, siéntese y no se mueva de ahí.

—Aquí estaré, señor.

—¿Estás bien, Martí?

—Sí, Sara. Pero esta es una de las pocas ocasiones en las que no quisiera tenerte a mi lado.

—Eres todo un caballero. Cuídate.

—Lo intentaré... Andy, vamos a repasar algunas cosas... Aparte del monstruo, de las vacas y de los bichos—bala, ¿qué más puede salir del bosque?

—Es muy difícil saberlo, teniente. Muchos de los animales son territoriales, pero hay otros que corren continuamente de un lado para otro y aparecen de improviso.

—Ya... ¿Cada cuanto tiempo sufrían ataques en la estación?

—Al principio continuamente... fue una locura... tuvimos que hacer bajar una lanzadera de reabastecimiento repleta de munición. Después de unos días, los ataques descendieron y se estabilizaron en unos tres diarios, casi siempre de *zebres* y de *matraques*, que localizan a sus presas por el sonido.

—Entiendo... Entonces, ¿cómo hacían para caminar por el exterior?

—Nos alejábamos de la estación cuando los detectores de movimiento nos indicaban que no había ningún animal mediano o grande por los alrededores y caminábamos muy lentamente. Los predadores están acostumbrados a que sus

presas se muevan a mucha velocidad y prácticamente no prestan atención a lo que se mueve despacio.

—¿Y no tenían problemas con los que atacan por el sonido?

—Casi todos se sienten atraídos por los ruidos, si son fuertes. Los que le decía, los *zebres* y los *matraques*, atacan a las fuentes de sonidos rítmicos, como los que producían los motores de la estación y los sistemas de vigilancia, aunque sean casi imperceptibles.

—¿Cuántas salidas hicieron?

—Seis.

—¿Seis? No tenían mucha experiencia, que digamos... ¿Y no se fijo en ustedes ningún bicho?

—La verdad es que vimos muy pocos, teniente. Había mucha calma y casi todos los animales territoriales de los alrededores habían sido abatidos. La situación no se parecía en nada a la actual. Ahora están todos revolucionados y han llegado a manadas, atraídos por los últimos acontecimientos.

—Andy... hay un bicho en el bosque, mirándome.

—¿Cómo es?

—Es una bola con dos patas y con otra bola más pequeña en el extremo del cuello. Tiene cuatro ojos y un pico muy largo. Parece uno de esos pájaros de adorno que se balancean continuamente, simulando que beben agua de un vaso.

—Oh, es un *pic—longe*. No se mueva, si piensa que usted no es comestible, se irá.

[Pic—longe: A pesar de que muchos de los animales de los que día a día nos vamos encontrando en este mundo fascinante quedarían bien clasificados en cualquier concurso que premiase la extravagancia, sin duda, el pic—longe se llevaría el primer premio. Su constitución anatómica es atípica aun en un planeta donde no abundan los bípedos (la verdad es que solo hemos catalogado tres especies que utilizan esa forma de desplazarse) y únicamente tiene en común con el resto de predadores conocidos las tres "virtudes": velocidad, impredecibilidad y ferocidad.

A primera vista recuerda al dibujo que haría un niño de un pájaro. Su cuerpo y su cabeza son casi perfectamente esféricos, y su cuello y patas también casi perfectamente cilíndricas, y muy delgadas en contraste. Tiene la estatura de un hombre y pesa, aproximadamente, ochenta kilos. Las esferas de su cuerpo y cabeza están recubiertas por una piel lisa, de color verde y de dureza desconocida (ignoramos como se defiende de los perdigons), y está adornado con un precioso cuerno ("cuerno" es más exacto que "pico", pues el animal tiene la boca en la zona inferior del cuerpo,

entre las patas) que recuerda al de un narval. Sus únicos órganos sensoriales visibles son dos pares de ojos, situados en el extremo de cortos pedúnculos.

La primera observación de un ejemplar la realizó una sonda acuática durante el tiempo de reposo que precisan para la recarga de sus baterías. La sonda había salido a tierra para evitar las acometidas de los poisson—pointu, que la desequilibraban e impedían que orientara sus paneles, cuando un pic—longe se detuvo ante ella.

La aparición fue tan súbita que si no se hubiese activado la alarma de movimiento habría pasado desapercibida para Observación. Junto a la sonda no había nada y, un instante después, un extraño pájaro la observaba detenidamente.

Por desgracia, los instrumentos de la sonda estaban diseñados para operar en un medio acuático y fue imposible realizar una toma de datos precisa, y, como lamentablemente es tan frecuente, los datos del primer encuentro son casi los únicos de los que disponemos en la actualidad.

Después, en repetidas ocasiones, hemos avistado a otros pic—longe, pero nunca a tan corta distancia. Las únicas muestras de las que disponemos consisten en varios fragmentos de cuerno que han quedado incrustados en los autómatas atacados por ellos.]

—¿Y si no? ¿Qué me hará?

—Su pico es más duro que el acero. Se lanza hacia sus presas a una velocidad terrorífica y las ensarta.

—Lo tengo a tiro. Puedo destrozarlo antes de que pueda dar un paso.

—¿Todavía no se ha dado cuenta de la velocidad a la que se mueven esos animales? Sus músculos no son como los nuestros, teniente. Su funcionamiento es explosivo. Antes de que sacase su arma ya lo tendría encima.

—No creo que ese estilete pueda atravesarme el traje.

—Yo no me arriesgaría, Marti. Mira lo que te han hecho en la mochila.

—Bueno. Si tu no quieres que me arriesgue, no lo haré. Pero me debes una... ¡Ha desaparecido!

—Actúan así, teniente. Es la estrategia de muchos animales de *Enfer*, no tienen término medio. O están totalmente inmóviles o se mueven a una velocidad que el ojo casi no puede seguirlos.

—No me extraña que necesitaran tanta munición en la base. Llevo aquí solo unos minutos y ya he visto un montón de bichos.

—Ya le dije que eso es por que han llegado atraídos por el movimiento. Su aterrizaje y las embestidas de los *vache—véloce* han debido ser escuchadas por los depredadores en muchos kilómetros a la redonda.

—Teniente.

—¿Señor?

—Hemos decidido que continúe con la misión. Parece que ha disfrutado de un período de calma, ¿no?

—Sí, señor.

—Bien, pues vamos a movernos. Está a punto de tomar tierra un blindado automático en una posición situada al oeste del claro. Esperamos que el ruido atraiga a todos los... bichos de los alrededores y que le dejen a usted tranquilo. Llegará en unos segundos.

—Entendido. ¿Y qué hago yo.

—Cuando comience el espectáculo, corra en la dirección que se le ha indicado. No debería serle difícil encontrar el árbol en el que se encuentra la doctora. ¡Ah!, no se olvide de llevar el balón.

—Sí, señor, lo tengo en la mano... oigo el blindado... ¡Hay movimiento por todas partes!

—¡Corra!

—¿Teniente?

—¡Teniente!

—He sido arrollado, señor. Algo ha pasado por encima de mí. Estoy otra vez boca abajo, en el suelo.

—¿Tiene otro monstruo encima?

—No, señor. Era algo más pequeño, pero me ha lanzado unos diez metros por el aire.

—¿Está herido?

—No, señor. Tan solo magulladuras. Pero no me atrevo a moverme. Si está todavía aquí, puede embestirme de nuevo.

—¿Tiene idea de lo que ha podido ser, señor Rainbird?

—No, señor. Podría ser cualquier cosa. Quizá un animal vegetariano. Un carnívoro estaría intentando comérselo.

—Si era una de esas vacas veloces, era una vaca muy bestia.

—Empiezo a estar harto de esto, teniente. ¿Quiere abandonar?

—¿Y dejar a la doctora ahí?

—Puedo enviar a otro hombre con un equipo completo. ¿Cuánto ha avanzado?

—Unos cien metros, señor. Ya debo estar cerca.

—En la zona del blindado ya no hay movimiento. Bien, adelante, con cuidado.

—Ya estoy de pie. No veo nada entre los árboles. He recibido varios impactos de perdigones.

—Control, oriéntele.

—¿Qué marca tu giróscopo?

—Vector seis cincuenta y uno.

—Dos grados a la izquierda, a ciento diez metros.

—Avanzo despacio. No se mueve nada.

—¡Despacio! ¡Despacio!

—Ya lo sé, Andy. No hace falta que me lo repitas... Hay un árbol enorme allá, al fondo. Quizá sea el de la doctora... ¡He visto algo!... ¡Sí!, allí se mueve un bicho. Camina lentamente y parece un armadillo gigante. Es de color negro y tiene una cresta formada por estiletes brillantes que le va desde la cabeza hasta la cola... Parecen de cristal...

—No tengo ni idea de lo que es, teniente. ¿Qué hace?

—Come arbustos.

—Tenga cuidado, la doctora siempre nos decía que los vegetarianos son el doble de peligrosos que los carnívoros. Espere un momento... quizá encontremos algún dato en el ordenador de la base...

—Voy a seguir avanzando... Aprovecharé los momentos en que el bicho se da la vuelta...

—¿Cree que ha funcionado lo del blindado, teniente? Podemos volver a intentarlo en otro lugar, a fin de despejarle el camino.

—La verdad es que ahora parece reinar una relativa calma, señor. No veo ningún otro bicho por los... ¡Veo a la doctora!

—¿Está bien?

—Parece que sí. Está en el interior de un tronco y se asoma por una abertura. ¡Me hace señas!... Me está indicando que me pare... Me he detenido a unos treinta metros de su posición...

—¡Teniente! ¡Ya tengo la ficha del animal! ¡La doctora lo describe como el más peligroso de todos los que han catalogado!

—No me asustes, Andy... el bicho está remoloneando pacíficamente por ahí. Podría despanzurrarlo de un disparo.

—¡No se le ocurra! La doctora lo llama *rayon—blanc*. Su defensa consiste en lanzar una descarga eléctrica potentísima y concentrada en un haz.

[Rayon—blanc: Es uno de los primeros animales que catalogamos a pesar de que, creemos, es el menos abundante de todos entre los de tamaño grande. Vegetariano y territorial, el animal se mueve a paso lento, lo que hace pensar que no tiene enemigos naturales.

El primer avistamiento lo realizó una sonda Risk. Se había observado una inusual ausencia de animales de tamaño grande y mediano en una zona próxima a la estación del lago Ursus y se decidió enviar un autómata. La aproximación se hizo en modo lento, pero, una vez comprobada la ausencia de predadores, se continuó explorando a velocidad media. De improviso, el contacto se perdió. Un examen posterior de las imágenes aclaró la causa: un animal, el posteriormente bautizado como rayon—blanc, utilizó una descarga eléctrica para destruir el aparato.

El rayon—blanc es un animal de tamaño grande, de aproximadamente diez toneladas de peso y seis metros desde la cabeza a la cola. De forma vagamente reptiliana, posee cuatro extremidades cortas acabadas en pies de tres garras. Su cabeza y cola son de forma parecida dándole un aspecto curiosamente simétrico, costando discernir, desde lejos, cual es su parte trasera o cual su delantera. Su boca está armada por un pico córneo que utiliza para alimentarse de follaje, tanto de ramas bajas como de los pequeños arbustos violáceos que se dan en los claros, a los que parece muy aficionado. La larga cresta de púas constituye su característica principal y lo diferencian claramente de otros animales emparentados como el grande—ourse o el pétrin. Las púas son transparentes y recuerdan a los cristales de cuarzo (esta última observación debemos agradecerécela al doctor Martín, quien sospecha que el animal genera su energía defensiva gracias a un efecto piezoeléctrico).

Hasta la fecha no hemos conseguido ninguna muestra de tejido ni de fluido del animal, teniendo que conformarnos con el análisis de sus excrementos. La pérdida de la valiosa sonda nos ha obligado a tomar precauciones extraordinarias en su estudio y, a pesar de que es uno de los animales más interesantes, también es el más peligroso que conocemos, por lo que hemos decidido posponer su estudio en profundidad hasta que el proyecto esté más adelantado, o tengamos la fortuna de hallar uno muerto.

Notas sobre el sistema defensivo del rayon—blanc [Dr. Martín]

El examen detallado de las últimas imágenes que envió la sonda, realizado por los expertos del Centro IMSO, nos ha proporcionado varias pistas sobre la forma en que el animal lanza la descarga eléctrica. En una de las imágenes se aprecia claramente como se forma un punto luminoso en el extremo de cada una de las púas visibles (el resplandor que se observa reflejado en los árboles situados tras el animal sugiere que ese fenómeno se da al mismo tiempo en todas ellas). A lo largo de la secuencia, que dura una décima de segundo, la bola crece y cuando cada una es lo suficientemente grande como para entrar en contacto con sus vecinas, la luminosidad aumenta tan súbitamente que ciega a la cámara.

Los expertos han conseguido aislar una última imagen, unas millonésimas de segundo antes de que la sonda fuese destruida. Tiene muy poca definición pero

sugiere que las bolas lumínicas, sin duda alguna causadas por la presencia de una carga eléctrica de muy alto voltaje, se unen en una única descarga dirigida hacia delante.

La teoría más plausible sobre la forma en la que el animal consigue producir una carga eléctrica tan alta es la de que utiliza una musculatura especializada para deformar sus púas, que deben contener elevadas cantidades de cristales piezoeléctricos. No obstante, nadie encuentra una explicación (y hemos consultado a todos los ingenieros de la base de Ciro) sobre como el animal consigue unir las distintas cargas en un único haz, dirigirlo con tanta precisión y generar una intensidad tan elevada. (La cifra de amperios necesaria para fundir el blindaje de una sonda Risk es mareante)

Se hace urgente tomar una muestra de una de sus púas. Y no solo por el aspecto científico; los beneficios generados por las aplicaciones comerciales de un material así pueden compensar los riesgos y ayudarnos a conseguir más financiación para los proyectos retrasados.]

—Entendido, Andy... Señor, solicito instrucciones.

—Sobre todo, evite un ataque del animal. La doctora viste únicamente un traje antibalas y no creo que eso sea una protección adecuada para una descarga eléctrica... Infórmenos si se produce algún cambio.

—Sí, señor, no me moveré... la doctora sigue haciéndome señas... repite el mismo gesto, coloca los dedos índice y anular, abiertos y hacia abajo sobre la palma de la otra mano y después forma un círculo con ellos...

—Está diciendo "no", Marti.

—Ya lo había supuesto. Lo que no sé es a lo que dice que no.

—Quizá no quiere que se acerque.

—Puede, Andy.

—Teniente, ¿está despejado el camino entre usted y la doctora?

—Sí, señor. El bicho está a mi izquierda, a unos sesenta metros.

—¿Podría llegar hasta ella sin peligro?

—Puedo intentarlo, señor. Aprovecharé los momentos en que los que agacha la cabeza para comer.

—Bien, hágalo.

—Me acerco paso a paso... la doctora me está haciendo gestos frenéticos... estoy a diez, nueve... cinco... ¡El bicho me ha visto! ¡Viene hacia aquí!...

—¡Inmovilícese!

—Eso he hecho, señor... lo tengo a diez metros... me está mirando.

—¿Y la doctora?

—Se ha ocultado... Parece que el bicho pierde interés, pero no se va.

—¿Puede hablar con la doctora?

—Estoy muy cerca del tronco... ¡El bicho se acerca!... me está husmeando... me da golpes con el hocico... ¡Me ha tirado al suelo!...

—¿Está bien?

—Sí, señor... estoy tumbado de costado... el bicho pierde interés nuevamente. Se aleja... Ya está lejos. ¿Me levanto?

—Desde su posición, ¿puede lanzar algo al interior del tronco?

—Supongo que sí, señor. ¿Qué quiere que lance?

—La batería de reserva de su giróscopo es compatible con el comunicador de la doctora.

—Entendido... Estoy moviendo muy lentamente el brazo... ya la tengo... me incorporo un poco... ¡Ya está!

—¿Y el bicho?

—Sigue por aquí. Parece que le ha cogido gusto al lugar.

—¡Incompetentes! ¿Cómo han podido armar tanto alboroto?

—No hay de qué, doctora. Arriesgamos nuestras vidas a diario para salvar a las damas en apuros.

—¡Salvar! ¡Salvar dice...! ¡Atraen a todos los animales peligrosos que hay en cincuenta kilómetros a la redonda y dice que vienen a salvarme! ¡Y se pasea tranquilamente por delante del más peligroso de todos! ¡Estamos vivos por que el *rayon—blanc* ha decidido que usted es muy poca cosa y no vale la pena malgastar una descarga!

—¡Oiga, doctora! No...

—Déjeme a mí, teniente... Doctora Hollister, soy el comandante Durban. Estamos aquí para llevar a cabo su rescate y hemos actuado en consecuencia con los conocimientos disponibles sobre las condiciones locales. Tengo a uno de mis hombres en el quirófano con quemaduras en gran parte de su cuerpo. Recibió las heridas mientras trataba de ayudarla, así que le ruego que colabore con nosotros en lo posible para facilitar nuestra misión.

—Perdone, comandante... Siento haber hablado así. Pero comprenda mi situación. Llevo dos días sin comer ni beber y en una posición incomodísima...

—No tiene que disculparse, doctora. Lo importante ahora es que nos indique como podemos sacarla de ahí.

—¿Tiene su hombre provisiones?

—No, doctora. No tengo nada. Un... ¿Cómo dijiste que se llamaba, Andy?

—Un *asseyez*—*vous*.

—Eso... uno de esos bichos me masticó e inutilizó mi equipo.

—Hola, Andy, ¿qué tal está Martín?

—Bien, doctora. Sigue inconsciente, pero el médico asegura que se repondrá.

—¿Se sabe algo del resto?

—No, no hemos sabido nada desde la última vez que hablamos.

—¿Vio algún cadáver cuando estuvo en la base?

—No, señor. Pero recuerde que no miré en el interior.

—Cualquier cuerpo que hubiese quedado en el exterior habría sido devorado inmediatamente... ¿Cómo se llama usted?

—Perdone, doctora. Es imperdonable que, aunque sea en una ocasión como esta, un oficial del glorioso Cuerpo de Desembarco no se presente debidamente a una da...

—¡Teniente!

—Perdón, señor. Soy el teniente Ruiz, doctora.

—Bien, teniente Ruiz... le decía que sería imposible ver cuerpos en el exterior debido a los carroñeros. Si queda alguien vivo, estará escondido en algún habitáculo, o en un refugio como el mío.

—¿Qué hacemos, ¿doctora?

—Tendremos que esperar a que se calme el tumulto que han organizado. ¿Cómo se las han arreglado para atraer a tantos animales?

—La cápsula fue atacada en el mismo instante que tomó tierra. Después, creímos conveniente desviar la atención de los animales hacia un lugar alejado de su posición e hicimos descender un autómata blindado. Consultamos con su ayudante y le pareció una buena idea.

—Ya... Andy lleva muy poco tiempo trabajando con nosotros... Verá, comandante, después de una perturbación de esa magnitud, en los alrededores habrá el triple de animales de los que suele haber en circunstancias normales. Y muy excitados. Deberíamos esperar un poco antes de salir a buscar supervivientes.

—Pues ahora esto parece un remanso de paz, doctora.

—Es por la presencia del *rayon—blanc*, teniente. Todos los demás animales le evitan.

—¿Incluso el de las grandes posaderas?

—Incluso ese, teniente. ¿Sabe cómo se defiende?

—Andy lo averiguó por sus notas... por cierto, Andy ¿no habías accedido al ordenador de la base?

—Sí, teniente. La teniente consiguió conectar con él.

—Solo he conseguido entrar en el ordenador, Marti. El resto del equipo no funciona.

—Lástima...

—¿Podemos hacer alguna otra cosa, doctora?

—No se me ocurre nada, comandante... ¿Cómo pensaban sacarme?

—El teniente tiene una cápsula de salvamento hinchable. Pensábamos meterla en su interior y llevarla hasta el vehículo de desembarco. Después seguiríamos el procedimiento habitual de recogida.

—¿Cómo es esa cápsula?

—Está construida con un tejido casi indestructible, doctora. Se hincha como un balón y puede detener proyectiles de hasta veinte milímetros.

—¿Y la panza de un *asseyez*—*vous*?

—No ha sido probada en esas condiciones, doctora. ¿Tiene usted una idea mejor?

—Casi prefiero ir por mi propio pie, comandante. No me gusta nada la idea de que me lleven rodando, sin ver lo que sucede a mi alrededor.

—La cápsula es transparente, doctora.

—Aún así... Teniente, ¿ve al *rayon—blanc*?

—No, doctora. ¿Me levanto?

—Sí, pero antes desplácese un poco para mirar detrás del árbol.

—Nada.

—Bien... levántese poco a poco... gírese levemente... así...

—Está allí, a unos cien metros... Casi no se ve, está oculto por matorrales.

—¿Mira hacia aquí?

—No, está tumbado de costado.

—Perfecto. Voy a salir.

—¿No decía que sería mejor esperar, doctora?

—Sí, comandante, pero puede que haya alguien en apuros en la base.

—Pero... Si hubiese alguien vivo, habría salido cuando aterricé.

—¿Con el alboroto que se montó? No, teniente. Cualquiera de nosotros que estuviese en la base se escondería en lo más profundo de un armario al oírle llegar... La clave de la supervivencia en este planeta consiste en pasar desapercibido... ¡Cuidado! ¡No se mueva!

—Ya estamos... ¿Y ahora qué es?

—A su espalda... un *salteur—affolant*.

[Salteur—affolant: Animal saltador muy abundante. "Saltador" es una palabra muy adecuada para describirlo, puesto que no hemos visto jamás un ejemplar vivo que no estuviera haciéndolo. Es un animal pequeño, de un metro de altura y unos treinta kilos de peso. Su forma recuerda a la de un pollo desplumado, pero con cuatro patas muy

musculosas y una trompa corta en lugar de pico. La primera imagen que tenemos de él fue grabada durante la tercera misión. Cruzó tan rápido por delante de la cámara de la sonda que nadie se dio cuenta hasta que las imágenes fueron estudiadas en profundidad. Diez meses más tarde tuvimos la primera ocasión de conseguir una muestra de sus tejidos. Entre los restos extraídos del estómago de un matraque se encontró una extremidad trasera de un salteur—affolant.

El estudio biológico lo llevó a cabo el Dr. Roberson y los resultados generaron un pequeño revuelo en la comunidad científica: al examinar su estructura celular no se encontraron ni mitocondrias ni hidrogenosomas. Este hecho contradecía, por primera vez en la historia, las teorías sobre la inseminación cósmica. Posteriormente fueron descubiertas y aislado el origen del fallo: en lugar de hallarse libres en el citoplasma, las mitocondrias del salteur—affolant están encerradas en unas curiosas cápsulas proteicas, lo que confundió a los equipos de análisis automáticos.

A pesar de que posteriormente hemos conseguido abatir varios ejemplares, todavía nos es imposible definir si se trata de un animal carnívoro o vegetariano debido a que sus estómagos estaban completamente vacíos y a que su exótica forma y funcionamiento confunde a los expertos. Su aparato bucal sugiere lo primero, pero la presencia de múltiples sacos salivares con diversos compuestos químicos parece indicar lo segundo. Todavía nadie ha conseguido averiguar como combina el animal los líquidos generados por estas glándulas. La opinión más generalizada es que el producto final es un reactivo que utilizaría para disolver algún tipo de alimento.

—¿Qué hago?

—¡Quédese quieto!

—Ya conozco esa maniobra...

—Lo tiene al lado...

—¿Qué puede hacerme?

—No lo sé. Es el primero ejemplar que veo vivo y completamente quieto... Le está tocando la pierna... ¿Es resistente ese traje?

—Es un traje acorazado... puede detener proyectiles de hasta treinta milímetros y descargas energé...

—Sale humo...

—¡Qué!

—¡No se mueva!... ¡Oh, Dios!

—¿Qué sucede?

—¡El teniente le ha disparado!... ¡Aléjese de aquí!... ¡Corra!

—¡Teniente!... ¡Informe!... ¿Ruiz?

—Está corriendo... va en dirección al claro.

—¡Teniente!

—¡Espere un momento!

—¿Puede verle, doctora?

—No, comandante... hay movimiento bajo los árboles.

—¿Está usted bien?

—Sí

—Me temo que su rescate se va a retrasar un poco, doctora.

—¡Estoy en la base!

—¡Informe!

—¡El bicho ese estaba perforándome el traje! He tenido que dispararle. ¡Vaya golpe! ¡Están destrozando la base a cabezazos!

—¿Su traje es operativo?

—Todo menos la pierna derecha, señor. Fallan los servos. He tenido que venir saltando a la pata coja.

—Vamos a sacarle de ahí, teniente. Mientras, registre la base. Busque supervivientes.

—Bien, señor.

—Doctora... Estamos preparando un nuevo comando de rescate. Esta vez lo haremos con un blindado tripulado.

—Comandante... Eso hará que vengan más animales.

—Puede que sí, doctora. Pero esta vez estaremos preparados. ¿Fueron efectivas las armas automáticas que utilizaron para defender el perímetro?

—Sí, comandante. Mantuvieron alejados a los animales.

—Pues utilizaremos un equipo similar.

—He contado cuatro cadáveres, señor... Lo siento, doctora Hollister.

—Lo temía... Gracias, teniente.

—Teniente, regrese a la cápsula cuando todo esté despejado. Enviamos una naveta para recogerle.

—¿No debería esperar al equipo, señor? Quizá pueda serles de ayuda.

—No con un traje incompleto y averiado. Regrese y actuaremos según las circunstancias.

—Bien, señor.

—Doctora Hollister, los hombres que van a bajar son personal de tropa. Un poco rudos pero buenos chicos. El jefe del pelotón es el sargento Antoine Toulouse, un compatriota suyo.

—*Bonjour, doctoresse Hollister.*

—*Bonjour, sergent Toulouse.*

—Estoy en posición.

—La naveta está a punto de recogerte, Marti... ¿Has encendido el faro?

—Espera... sí, está un poco chafado, pero funciona.

—Ya está... capturado.

—Hasta luego, doctora.

—Hasta luego, teniente.

—El blindado está a punto de aterrizar en el claro. ¿Está despejado?

—Sí, la lanzadera está a seis mil.

—Bien, procedo.

—Aterrizaje inmediato... ¡Contacto!

—¡Las automáticas están disparando!

—¡Informe!

—No vemos nada, señor. Aún no se ha despejado el polvo. Siguen los disparos...
Ahora parece que remiten... ¡Vuelven a empezar!

—¡Eso sí que ha sido toda una perturbación!

—¿Cómo dice, doctora?

—Digo que eso sí que ha sido un alboroto, comandante. ¿Qué ha aterrizado?

—Es una naveta de desembarco con un blindado acoplado. Lo que oye son las
armas automáticas.

—Espero que salga bien, comandante.

—Todos lo esperamos. ¿Cómo va eso, sargento?

—Se está despejando. Estamos rodeados de bichos muertos, señor.

—¿Pueden salir?

—Sí, señor. Estamos preparando el equipo... ¿Qué hacemos con las armas de la
naveta? No tienen sistema de discriminación amigo—enemigo..

—Ya... Quizá sea mejor dejarlas activadas. Pueden servirles de protección a su
regreso, si les persiguen.

—Comprendido, señor. Salimos...

—Ya tengo la imagen, sargento... Programen las armas del blindado para que no
puedan disparar hacia el lugar donde se encuentra la doctora.

—Está hecho, señor. Las coordenadas están memorizadas. ¡Dios! ¡Vaya granizada!
No había estado bajo fuego real desde hace mucho tiempo...

—¿Qué alcance le han dado a los sensores de las automáticas?

—Cien metros, señor. Ya estamos saliendo de su alcance... ciento cincuenta
metros... ¿Puede vernos, doctora?

—Sí, sargento... ¡Cuidado!

—¿Qué...?

—¡El *rayon—blanc* les ha lanzado una descarga!

—¡Definitivamente estoy harto de esto! ¡Sargento, informe!

—¿Sargento?... ¿Puede verlos, doctora?

—El vehículo no se mueve, comandante. Está todo ennegrecido y rodeado de vegetación en llamas.

—¿A que distancia está usted?

—Ya se está apagando... No se preocupe, comandante, esta selva es muy húmeda y no propaga los incendios.

—No solo me preocupa eso, doctora. Algunas de las armas que transporta el blindado utilizan explosivos químicos.

—Oh... espere... veo algo moverse... sí, abren una compuerta... han lanzado algo al exterior.

—Contr... Con... ¿Nos escuch...?

—Les escuchamos, AXR5.

—Control... cibimos muy mal... una descarga eléctrica ha dañado los e... zado al exterior un portátil en modo repetidor...

—¿Me reciben ahora, AXR5?... Aumento la potencia..., indiquen cuando la recepción mejore... uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco..., seis..., siete...

—Ahora recibimos mejor... Solicitamos instrucciones.

—¿Están todos bien?

—Sí, señor. En el interior no hemos notado nada excepto un poco de calor; pero todo el equipo está frito.

—¿Pueden realizar una reparación de emergencia?

—No, señor. El blindado es chatarra... Señor... antes, cuando abrimos la puerta para lanzar el comunicador... algo golpeó a Rafael en el codo. Está sangrando y dice que le duele mucho.

—¿Doctora?

—¿Tiene un orificio, como el de la entrada de una bala?

—Sí, doctora, pero es muy pequeño... tendrá unos tres milímetros... Se le está hinchando el brazo.

—¡Colóqueme un torniquete! Cinco centímetros... no... diez centímetros por encima de la herida. ¡Rápido!

—¿Qué es, doctora?

—Un tipo de *perdigon*... un insecto, comandante. Pequeño pero muy peligroso. Busca un vaso y se desplaza por él, intentando llegar hasta el corazón. ¡Andy!

—Sí, doctora.

—Martín había estudiado a los *perdigons* pequeños... Mira mis notas, creo recordar que me dio información sobre ellos...

—Entendido.

—Ya le hemos colocado el torniquete, doctora. Se queja mucho. ¿Podemos darle un calmante?

—No soy médico, sargento... ¿Comandante?

—Nuestro doc viene de camino... ya está aquí...

—¿Sargento?

—Hola, doc. Tenemos a Rafael en mal estado. Parece que un bicho se le ha colado en el brazo y está intentando penetrar por él, hacia el corazón. Le hemos colocado un torniquete a la altura del sobaco.

—¿Pueden monitorizarlo?

—No, doc. Tenemos el equipo hecho polvo.

—¿Doctora?

—Sí, Andy.

—He encontrado la referencia. Habla de las características del insecto y de las sustancias que encontró en su cabeza. Le llama *perceur*.

[Perceur: (Notas del Dr. Martín) El perceur (aunque mi querida y admirada colega me ha cedido el honor de bautizar al insecto, he preferido seguir usando el idioma francés para no romper lo que ya se está convirtiendo en una tradición) es más pequeño que el perdigon, con quien en principio creímos que estaba emparentado.

Su forma recuerda a la de una abeja, tiene dos ojos, doce patas distribuidas en dos parejas de seis a cada lado (más bien recuerda a dos abejas pegadas de espaldas una a la otra) y cuerpo quitinoso. Posee dos pares de alas y su cabeza está provista de un complicado aparato bucal dotado de púas, superficies cortantes y glándulas salivares de cuyo contenido hemos aislado una proteína (de la que aún estamos intentando conseguir más muestras) y un compuesto tóxico: el arsenobenzol, que el insecto sintetiza con la ayuda de una bacteria localizada por las eminencias del laboratorio de Cira.

Sus hábitos recuerdan a los del perdigon. Utiliza las ramas altas de los árboles como plataforma para atacar a sus víctimas pero, debido a su tamaño, no puede alcanzar la velocidad de este, por lo que se vale de su complicado aparato bucal para perforar un orificio por el que penetrar.

Una vez en el interior, el insecto se mueve a través de los tejidos perforando una galería hasta encontrar un vaso con el fin de, desplazándose por él, llegar hasta el corazón del animal y paralizarlo. Creemos que para ello utiliza la proteína antes

mencionada combinada con el compuesto arsenical. Después de morir su víctima, se reproduce en ella en un ciclo similar al del perdigon.

La secuencia descrita está comprobada gracias a la monitorización de un animal moribundo, un zebre herido por un pic—longe que fue capturado en la estación Victoria y que había recibido el ataque de varios de estos insectos. Aún quedan varios misterios en su comportamiento que no han sido resueltos. Por ejemplo: una vez que ha penetrado en un vaso, ¿cómo sabe el perceur la dirección en la que encontrará el corazón? Mi colega, el Dr. Roberson opina que el perceur se lo juega a cara o cruz, pero yo no creo que sea así; los cuatro perceur que penetraron en el zebre llegaron su corazón, y por vías distintas.

Me inclino a pensar que el perceur discrimina de alguna forma si la sangre del vaso es arterial o venosa y emprende el viaje contra corriente o a favor dependiendo de uno u otro caso.]

—¿Qué sustancias encontró, señor Rainbird?

—Sí... habla de una proteína desconocida y de un compuesto... arsenobenzol...

—¡Arsénico! ¿Dice la cantidad?

—No... pero describe la forma en que el animal lo sintetiza... parece que utiliza unas bacterias que viven en sus sacos salivares.

—Sargento, tómeme el pulso y comuníqueme los síntomas que vayan apareciendo.

—Sí, doc... el brazo se le está hinchando cada vez más... tiene 110 pulsaciones y dice que tiene mucha sed... ¿Le damos agua?

—Sí, sargento, y un "rojo"... no, déle solo la mitad, y no deje que se duerma. Me temo que el insecto está intoxicando al cabo Rafael. Es necesario que le suministremos dimercaprol lo antes posible...

—¿Tenemos aquí ese medicamento?

—No, sargento. Solo los botiqui... Doctora Hollister, ¿el botiquín de su base era militar?

—No lo sé... Andy, ¿sabes tú algo?

—Creo recordar que era un clase dos.

—Entonces seguro que sí dispone de él... ¿Se podrá recuperar?

—Lo intentaremos... Hemos enviado de nuevo al teniente Ruiz... ¿Teniente... me escucha?

—El teniente está penetrando en la atmósfera y se encuentra incomunicado, señor... Comunicaciones en 30...20... 10... ¿Teniente?

—¿Sí? Lamento lo de las flores, pre...

—Teniente, estás en línea.

—Teniente Ruiz...

—¿Señor?

—Hay una novedad ahí abajo; un insecto atacó al cabo Ríos cuando abrieron el portillo y ha penetrado en su brazo. Al parecer lo está envenenando y necesita urgentemente un medicamento que tendrá que recuperar del botiquín de la base científica.

—¡Mierda!... perdón, señor... Andy, ¿me escuchas?

—Sí, teniente.

—¿Dónde estaba el botiquín?

—Entrando a la izquierda. La segunda sala es la enfermería.

—Bueno, un poco de suerte. Esa zona es la menos dañada.

—Comandante...

—¿Sí, doctora?

—Tienen que darse la máxima prisa. El animal que monitorizamos murió en pocos minutos.

—¿Cree que que el bicho podrá traspasar la zona comprimida por el torniquete, doctora?

—No lo sé. Pero si algo me han enseñado los años que llevo estudiando la fauna de este planeta es no se debe menospreciar las capacidades de sus bich... de sus animales.

—Doc. El brazo se le está poniendo morado.

—Deberíamos aflojar un poco el torniquete, para que circule la sangre. ¿Qué opina, doctora Hollister?

—Si lo hacen el insecto pasará, si no lo ha hecho ya.

—Señor, ¿cómo va la operación de rescate?

—Es complicada, teniente. Tendríamos que remolcar al blindado hasta el claro y tardaríamos demasiado. La opción con más probabilidades de éxito sería la de eliminar la vegetación y recoger al tanque donde está, pero antes tenemos que sacar a la doctora de la zona.

—¿Por qué no salen sus hombres por su propio pie, comandante? Esos trajes parecen resistentes y, con un poco de cuidado, podrían llegar hasta la nave intactos.

—Los tripulantes de un blindado no cuentan con trajes como el del teniente Ruiz, doctora. En condiciones normales no los necesitan. Y por condiciones normales me refiero a batallas, desastres naturales y choques entre planetas... pero... dejémoslo... Teniente, tan pronto como aterrice, busque el medicamento y llévelo al blindado. Después saque a la doctora de su refugio y regrese con ella. Nosotros nos ocuparemos del resto.

—Entendido, señor. Una sugerencia..., ¿no sería más seguro dejar a la doctora en el blindado y rescatarla con ellos?

—Buena idea, teniente..., eso nos solucionaría otro problema..., sí..., Control, haga aterrizar la cápsula dentro del radio de acción de las armas automáticas de la naveta.

—Bien, señor.

—¿Bajo el fuego, señor?

—Sí, teniente. Así estará protegido de las embestidas. Tenga la precaución de salir de la zona caminando hacia atrás para proteger su mochila de los proyectiles.

—Me preocupa otra cosa, señor. ¿Qué sucederá si falla algo y tengo que volver con la doctora a la cápsula?

—La moveríamos... Control, no olvide posicionar la compuerta hacia el exterior de la zona.

—Sí, señor. Aterrizaje en treinta segundos.

—Doc, el cabo comienza a delirar.

—Tómele la temperatura, sargento.

—No funciona el sensor, doc, pero dice que tiene frío. ¿Podemos hacer algo?

—¿Qué temperatura ambiente hay?

—Hace calor, doc. Sudamos como cerdos.

—Denle agua si la pide, y que tome el resto del calmante.

—Estoy saliendo de la cápsula..., las armas han dejado de disparar..., voy a alejarme todo lo posible por la zona de sombra...

—Tenga cuidado, proteja el visor de la cámara.

—Ya lo hago, señor. Lo llevo cubierto con un guante. Estoy recibiendo disparos..., ya estoy fuera de la zona de protección..., Andy...

—¿Sí, teniente?

—¿Puedes ver las imágenes? Necesito que me guíes por la estación.

—No veo nada..., sí, ahora sí..., entre por..., no... ¿Ve ese boquete?

—¿Cual?

—A la izquierda de la puerta, ahí debería estar la enfermería.

—Parece el cuarto de un loco... ¿Dónde está botiquín?..., ah, ya lo veo..., está destripado y todo el contenido esparcido por el suelo. Doc..., ¿cómo reconoceré el medicamento?

—Busca una caja amarilla que contiene cinco ampollas de color rojo. El fármaco se llama dimercaprol.

—Amarilla..., hay varias por el suelo... sí, aquí está; hay cuatro ampollas y dos están rotas.

—Ten cuidado, Ruiz, son de vidrio.

—Lo tendré, doc. Voy hacia el blindado..., todo parece tranquilo..., hay unos diez animales muertos alrededor de la naveta... Doctora, esto está muy calmado... ¿Será que ya no quedan bichos por los alrededores?

—No, teniente. Los carnívoros habrán disminuido en número, aunque seguro que los de las regiones vecinas ya estarán de camino para ocupar los territorios que han quedado vacíos; pero habrá tantos vegetarianos como antes.

—Bueno, pero esos no te mastican ni te disuelven con ácido.

—Recuerde lo que le hizo el *rayon—blanc* a su tanque.

—Ya... Allí está el blindado y el bicho de las púas... Señor, ¿le disparo?

—No. No vamos a arriesgarnos. Entregue al sargento el medicamento lo antes posible y saque a la doctora de su refugio.

—Bien...

—Cuidado, teniente... Dios..., como ha quedado el blindado...

—Sí, está achicharrado.

—¿A donde va ese bicho?

—En la ocasión anterior hacía lo mismo, señor... Deambula por ahí, se para un momento para comer algo y vuelve a dar un paseo.

—Se detiene... ¿Qué ha sido eso?

—Un perdigón, señor..., son como balas. Sargento..., tendrá que abrir un poco el portillo.

—Teniente, hemos colocado un chaleco contra la entrada. Levante el portillo y ponga el medicamento sobre él.

—Ya está... ¡Cuidado!

—¿Qué ha pasado?

—Un bicho ha chocado contra el chaleco.

—Parece que lo ha parado... Sí, aquí está, chafado contra él. Ya tenemos el medicamento... ¿Doc?

—Bien, utilice una pistola. Retire la cápsula de morfina y coloque una ampolla en su lugar. Tiene que administrárselo vía intramuscular, así que ajuste el modo.

—Ya está, doc. ¿Y ahora?

—¿Cómo tiene el brazo?

—Como un muslo.

—Hay que traerlo de vuelta cuanto antes.

—Apresúrese, teniente.

—Ya lo hago, señor... ¿Doctora?

—Sí, teniente...

—¡Señor! ¡Algo está sucediendo en el claro!

—¡Y ahora qué pasa!

—¡La naveta está inclinándose!

—¿Puede ofrecernos una imagen?

—Espere... habíamos ocultado la cámara de la cápsula para protegerla de los disparos... ¿Lo ve señor?

—Sí..., debe ser el mismo bicho que atacó a la estación..., deben atraerlo los disparos de las automáticas...

—¿Qué sucede, señor?

—Un bicho gigante se está comiendo la naveta... ¡Control!

—La imagen se ha perdido, señor.

—¿Qué hago, señor?

—¿Señor?

—¿Comandante?

—Sí, teniente..., estoy aquí... Me estaba tomando un frasco de píldoras para los nervios... ¡Ya estamos otra vez con el culo al aire! Parece que la doctora tenía toda la razón al llamarnos incompetentes...

—¿Qué hago?

—Deme un minuto..., vamos a estudiar la situación. Mientras tanto, no haga nada que pueda provocar más ataques.

—Entendido, señor.

—¿Cómo era el animal?

—Ahora se lo digo, doctora, ¿Sara?

—Sí capi, te lo envío.

—Ya..., es una visión fugaz..., el suelo se hunde bajo la naveta y salen unas pinzas enormes... ¿Puedes repetirlo en modo continuo? Son de color gris..., metalizado, recuerdan a las de una hormiga..., agarran la naveta y la levantan en el aire... ¿Puedes pasarlo en modo lento?... Solo el trozo en el que se ve el bicho... Sí, se ve una cabeza tras las pinzas..., sin ojos... Nada más, doctora, coge la naveta y se esconde de nuevo.

—No tenía ni idea de que hubiese un animal así.

—¿Entonces qué creía que era lo que dejó en ese estado la estación?

—Me refiero a antes del ataque. Estábamos convencidos de que habíamos catalogado a todos los animales grandes..., pero... ¡Debe haber todo un hábitat subterráneo!

—Felicidades, ya tienen trabajo para...

—Perdón, señor... Rafael se encuentra muy mal... Está vomitando. ¿Qué hacemos, doc?

—Inclínalo para impedir que los vómitos le lleguen a los pulmones.

—Está de costado, doc..., ¿qué más podemos hacer?

—Nada, sargento. Intenten que esté cómodo. Hay que traerlo de regreso cuanto antes.

—Ya hemos tomado una decisión, señores. Vamos a resolver este asunto de una vez. Teniente, saque de ahí a la doctora y métase con ella en el blindado. Sargento, colóquese en un rincón y cúbranse con los chalecos mientras el portillo esté abierto. Cuando estén todos dentro, lanzaremos una M—4 y, cuando se haya posado todo, una naveta les recogerá.

—¿Qué es una M—4?

—Señor... Sabe que el portillo es demasiado estrecho para mi traje.

—Sí, teniente, tendrá que quitárselo.

—¿Cómo? ¿Y los bichos—bala?

—Una vez haya dejado a la doctora protéjase con la tela del balón de salvamento. Sé que es arriesgado, teniente, pero no hemos podido encontrar una solución mejor.

—Y tanto que es arriesgado. Usted no sabe la fuerza con la que impactan esos bichos.

—¿Tiene alguna sugerencia?

—No se me ocurre nada, señor. Voy hacia la doctora.

—¿Qué es una M—4?

—Es una bomba, doctora... ¿Ve al bicho?

—No, no lo veo desde aquí. ¿Que alcance tiene?

—¿Alcance?... Me imagino que quiere saber el radio que destruye; unos cinco kilómetros... Pero no se preocupe, el blindado nos protegerá de la radiación.

—¿Radiación? ¿Van a contaminar la zona?

—Nooo, doctora. Es una radiación que no contamina. Tranquilícese, ¿quiere?... Prestemos atención a lo más importante.

—¡Comandante! ¡Exijo una explicación!

—¡Doctora Hollister! ¡Colabore con mis hombres! ¡Ya tendrá todas las explicaciones que quiera cuando la tengamos abordado!

—¡No, comandante! ¡Me dicen que van a matar a todos los animales en cinco kilómetros a la redonda, exterminando especies endémicas únicas y me dice que colabore! ¡No! ¡Encuentren otra forma de rescatarnos!

—Calmémonos, ¿quiere? Mire... Uno de mis hombres puede morir en ese blindado atacado por una de sus especies endémicas. Esa es mi máxima prioridad en estos momentos, doctora. Y, además, la operación está bajo jurisdicción militar, lo que

quiere decir bajo mi mando. Así que colabore y no nos obligue a tomar otras medidas, que bastantes problemas tenemos ya.

—Lo siento por su hombre, comandante, pero la vida de esos animales también es muy valiosa. Hemos detectado endemismos que solo viven en unos cientos de metros de terreno. Si lanzan una bomba acabarán con muchas especies importantísimas para la ciencia.

—Pero, doctora... ¡Si han muerto animales a decenas en el poco tiempo que llevamos aquí! ¡Y ustedes mismos instalaron armas que los masacraban...!

—Sí, teniente, pero no es lo mismo; las especies grandes están extendidas por todo el planeta. Pero la lucha por la supervivencia que ha observado en ellas se produce también en los niveles más bajos, y ahí es donde se dan los endemismos.

—Estoy junto a usted, doctora. Asómese... Este es el balón de salvamento. Tiene que pasar la cabeza por el agujero y colarse dentro. Yo haré el resto.

—Comandante..., aún no hemos resuelto la cuestión.

—Haga lo que le dice el teniente. Estudiaremos el problema mientras la traslada al blindado.

—Bien.

—Así... ¡Cuidado!

—¿Qué sucede? No vemos nada...

—La doctora se ha caído al bajar del árbol pero está bien.

—Ya lo veo... Es lógico, estará entumecida...

—Ya está, doctora, ahora la llevaré hacia el blindado. Agárrese a las asas.

—¡Párese! ¡Mire allí!

—¿Dónde?... Ah, sí... Vi uno de esos cuando llegué..., un pico largo, o algo así, me dijo Andy. Me estuvo mirando pero se marchó al cabo de unos minutos.

—Un *pic—longe*. No llame su atención, aquí estoy desprotegida.

—No lo crea, doctora. No se deje engañar por que el material de la cápsula es transparente.

—De todas formas, tenga cuidado, teniente.

—Sí señor..., me estaré quieto..., sin embargo, el bicho ese nos ha visto moviéndonos y no nos ha atacado.

—La respuesta la tiene ahí, a la derecha.

—Ah, sí..., el bicho de los pinchos.

—¿Qué hace?

—¿No lo ve?, espere..., ¿lo ve ahora?

—Sí..., parece muy tranquilo.

—El *pic—longe* se ha ido.

—Es cierto... Continúo hacia el blindado. ¡Sargento!

—Estamos preparados, señor. Tiene el portillo entreabierto.

—Protéjense. Sigo recibiendo impactos de esos bichos—bala.

—Estamos bajo el pañol de armas. Cubiertos con los chalecos.

—Bien. Doctora, voy a colocar la abertura del balón hacia el portillo. Cuando yo le diga, tire de ese cordón y salga con los pies por delante. ¡Ahora!

—Ya vemos a la doctora... ¡Merde!

—¿Qué pasa?

—Ya nada, señor. Uno de esos bichos se ha colado por la abertura y ha estado rebotando por aquí.

—¿Esta muerto?

—Muerto del todo, señor.

—¿Y la doctora?

—A salvo, comandante.

—Bien, ahora viene el asunto más espinoso. Teniente...

—Sí, ya sé, señor... ¿Cómo puedo cortar el tejido del balón? Si lo extendiese podría cubrirme mejor.

—Creo que será imposible con las herramientas de las que dispone.

—Yo puedo ayudarle, comandante.

—No se le ocurra salir del blindado, doctora. Bastante hemos sufrido para meterla en él.

—Pero... Estoy protegida por el traje antibalas...

—No. Usted ya sabe que hay otros peligros además de los insectos. Quédese ahí... Teniente, ¿cómo lo lleva?

—He soltado los cierres, señor. Voy a quitarme la coraza protegiéndome la espalda con el blindado.

—Buena idea... Una cosa..., cuando se quite el peto, vuelva a colocarse el casco, así no perderemos la comunicación.

—Sí..., ya está... Ahora las piernas...

—Hemos perdido la imagen. ¿Cómo va?

—¿Teniente?

—¿Teniente?

—¿Salgo, comandante?

—No haga nada... ¿Teniente?

—Voy a asomarme...

—¡No! ¡Espere un momento!... ¡Sargento!

—¡Señor!

—¡Deténgala!

—¡No puedo, señor! ¡Hay bichos rebotando por todos los lados!

—¡Doctora!

—No se ha llevado el comunicador, señor... ¡Regresa! ¡Está empujando al teniente por el portillo!

—¿Están bien?

—¡El teniente está sangrando mucho! ¡Espere un momento...!

—¿Sargento?

—¿Sargento?

—Soy Mc.Gee, señor, el sargento ha salido para ayudar a la doctora... Ya han cerrado el portillo...

—Infórmenme lo antes posible...

—¿Mc.Gee?

—¿Mc.Gee?

—¿Sargento?

—¿Doctora?

—¿Pueden oírme?

—Comandante... Necesitamos ayuda urgente... El teniente tiene cuatro *perdigons* incrustados, uno de ellos en la garganta... Respira con dificultad.

—¡Páseme al sargento!

—El sargento también está herido en un brazo.

—¿Puede impedir que los insectos les lleguen hasta el corazón?

—Oh, no son de esos, comandante. Dentro de lo que cabe hemos tenido suerte; son todos de los grandes, de los que no se mueven del lugar.

—¡Páseme a Mc.Gee!

—¡Señor!

—¡Utilicen los inmovilizadores!

—¿De cuanto tiempo disponemos, señor?

—Dos minutos a partir de... ¡Ahora!

—¡Comandante! ¡No irá a lanzar la bomba!

—¡Mc.Gee! ¡Inmovilice a la doctora! ¡Si es necesario, utilice la fuerza!

El resto de la transcripción es irrelevante y solo contiene las comunicaciones entre el C. O., el bombardero y el transporte que rescató al AXR.

Como habrás comprobado, la situación era desesperada y, a mi entender, justificaba plenamente el uso de un arma de esas características. El teniente Ruiz y el

cabo Ríos siguen con nosotros gracias a una complicada intervención quirúrgica que salvó su vida contra todo pronóstico y en los últimos momentos.

La doctora Hollister está muy afectada por que cree que su queja ha sido el origen de la investigación (como se nota que no nos conoce) y se ha ofrecido para colaborar en todo lo posible para esclarecer lo sucedido.

Sin más, y esperando verte pronto en la fie... ¡casi se me escapa otra vez!... en tu preciosa casa y junto a tu encantadora esposa, se despide de ti tu amigo:

William Baxter

Sopelana, a 14 de octubre de 2000